

INICIACION AL MISTERIO DE CRISTO SEGUN EL VATICANO II

por ALEJANDRO DE VILLALMONTE

El Concilio Vat. II emplea con manifiesta complacencia la fórmula paulina *Misterio de Cristo* en momentos importantes de sus enseñanzas. Veremos en seguida los textos principales.

Pero resulta de especial interés y novedad el hecho de que el Vat. II proponga el *Misterio de Cristo* como tema central para la formación teológica de los aspirantes al sacerdocio. Y esto en dos formas distintas, pero progresivas y complementarias:

1) El misterio de Cristo ha de ser objeto de un *curso de iniciación*, al comienzo de la carrera sacerdotal propiamente dicha.

2) Las diversas disciplinas sagradas que se estudian durante el cuatrienio o quinquenio teológico, han de hacerse converger también y más intensamente, en torno al *Misterio de Cristo*.

Vamos a proponer algunas reflexiones sobre este *curso de iniciación al Misterio de Cristo*, tal como se propone en las siguientes palabras del Concilio:

«En la revisión de los estudios eclesiásticos hay que atender, sobre todo, a una mejor coordinación de las disciplinas filosóficas y teológicas; a fin de que juntas tiendan a descubrir cada vez más ante las mentes de los alumnos el *Misterio de Cristo*, que afecta a toda la historia del género humano, influye constantemente en la Iglesia y actúa, principalmente, mediante el ministerio sacerdotal. Para comunicar esta visión a los alumnos desde el comienzo de su formación, han de empezarse los estudios eclesiásticos con un curso de iniciación, prorrogable por el tiempo que sea necesario. En esta iniciación a los

estudios propóngase el misterio de la salvación en forma tal, que los alumnos se den cuenta del sentido y del orden de los estudios eclesiásticos, y de su fin pastoral; recibiendo, al mismo tiempo, ayuda para fundamentar e impregnar de fe toda su vida, y afianzarse en su vocación abrazándola con entrega personal y ánimo gozoso»¹.

I. COMO PRESENTA EL VAT. II EL «MISTERIO DE CRISTO»

Nos llevaría lejos el hacer un estudio completo y minucioso sobre los diversos aspectos bajo los cuales presenta el Vat. II el *Misterio de Cristo*. Sin embargo, parece conveniente recoger algunos textos, los principales textos conciliares, sobre el Misterio de Cristo, a fin de ambientar la mencionada disposición conciliar, comprender mejor su alcance y la manera de cumplirla.

La fórmula "Misterio de Cristo" es de origen paulino.

Pablo se presenta como especialmente entendido en el Misterio y particularmente elegido por Dios para pregonarlo por el mundo². La idea del Misterio de Cristo se presenta en repetidas ocasiones y bajo diversos puntos de vista³. Podríamos hacer una descripción sintética del Misterio de Cristo en Pablo en la forma siguiente:

El Misterio de Cristo, en su raíz primera, es una *decisión de la voluntad* del Padre (= *mysterion tou zelematos autou*, Ef. 1, 9). A esta *decisión* se la llama «misterio» por su carácter secreto, insondable y hasta desconcertante para la inteligencia humana. Son, además, propiedades inseparables de esta *decisión* el ser decisión amorosa, absolutamente libre, gratuita, salvadora, eterna e inmutable. Particularmente esta decisión es llamada *Agâpe* (= en *agâpe* priorizas hemas, Ef. 1, 4-5); con toda la intensidad de contenido que Pablo da a la Caridad del Padre, de su *agâpe* que se mani-

1. «In ecclesiasticis studiis recognoscendis eo imprimis spectandum est ut disciplinae philosophicae et theologicae aptius componantur et concordia ratione conspirent ad alumnorum mentibus magis magisque aperiendum Mysterium Christi quod totam generis humani historiam afficit, in Ecclesiam iugiter influit et ministerio sacerdotali praecipue operatur. Ut haec visio ab institutionis limine cum alumnis communicetur, studia ecclesiastica inchoentur curso introductorio per congruum tempus protrahendo. In hac studiorum initiatione Mysterium salutis ita proponatur ut alumni studiorum ecclesiasticorum sensum, ordinem eorumque finem pastorem conspiciant simulque ad propriam vitam universam fide fundandam et penetrandam iuventur atque in vocatione deditione personali et laeto animo amplectendam firmentur». Decret. *Optatam totius Ecclesiae*, n. 14.

2. Ef. 3, 1-13; Col. 1, 25-27; Cfr. Gal. 1, 15-16.

3. 1 Cor. 2, 7; 1 Cor. 2, 1-16, 23; 2 Cor. 2, 14-17; Rm. 16, 25-27. Cfr. Rm. 11, 33-36; Ef. 1, 3-23; 2, 1-22; 3, 1-19. Col. 1, 24-29; 2, 2-3; 1 Tim. 3, 16.

fiesta en Cristo. Pero teniendo en cuenta que el Amor-*agāpe* del Padre —en su contenido más inmediato—, no es una cualidad o atributo estático, óntico del Padre, sino la expresión de una *decisión amorosa de su voluntad*: Un querer salvar, haciéndoles partícipes de su vida divina, a todos los hombres, en Cristo muerto y resucitado ⁴.

De aquí se deriva que el "*misterio de su voluntad*", haya de llamarse con toda exactitud «misterio de amor=agāpe». La razón es porque la fuerza que impulsa al Padre a tomar esta «decisión de su voluntad», lo que, desde la eternidad, le determina a comunicar su vida salvadora a los hombres, es la fuerza del amor caritativo=agāpe. Según acabamos de indicar, el amor del Padre tiene, en primer término, un contenido dinámico, histórico-salvífico, casi diríamos funcional. «Agāpe» expresa el *comportamiento* del Padre hacia los hombres, su acción tal como aparece encarnada en la Historia de salvación: El Padre es Agāpe por y en su acción de donar a Cristo para la salvación de los hombres: «Tanto amó Dios (Padre) al mundo que le dio a su Hijo unigénito» (Jn. 3, 16. Cf. textos de la nota 4).

Dando un paso más podemos decir que la «decisión de la voluntad del Padre», el misterio de su agāpe, se transforma en el *Misterio de Cristo*. Ya sabemos el por qué: Porque el contenido objetivo de aquella decisión de salvar, la encarnación histórica concreta de aquel comportamiento paternal que llamamos agāpe=amor, es Cristo, "*en quien está Dios (Padre) reconciliando al mundo consigo*" (2 Cor. 5, 19); don supremo del Padre a los hombres (Jn. 3, 16). La decisión primera, raíz y razón de ser de toda otra decisión divina; la decisión que por su intensidad contiene todas las demás y las arrastra consigo es *Cristo*: El es la profundidad y la riqueza de la ciencia y sabiduría de Dios, insondable a los hombres (Rm. 11, 33-36). Las riquezas que contiene tal decisión salvífica, no son otra cosa que las «investigables riquezas de Cristo» (Ef. 3, 8); la multiforme sabiduría salvadora del Dios Padre, que resplandece en haber predefinido los siglos en Cristo Jesús (Ef. 3, 8-12; Cf. Hb. 1, 2).

Así pues, son fórmulas progresivamente complementarias: *Misterio = decisión salvífica de su voluntad = misterio de su Agāpe = Misterio de Cristo*.

Desentrañando un poco más aquella decisión misteriosa que se concentra en Cristo y se revela en su muerte y resurrección, descubrimos que Cris-

4. Rm. 8, 35-39; Ef. 1, 1-14; 2, 4-9; Rm. 5, 5; Jn. 3, 16; 1 Jn. 3, 16; 4, 9-10. Puede consultarse la amplia obra de C. SPICQ, *Agape dans le Nouveau Testament*, vol. 1-3, Paris, 1958-1959. V. WARNACH, *Agape. Die Liebe als Grundmotiv der neutestamentlichen Theologie*, Düsseldorf, 1951. Un resumen por el mismo autor, en *Hand buch theologische Grundbegriffe*, II, pp. 54-75. Hay trad. española: *Conceptos Fundamentales de la Teología*, Edic. Cristiandad, Madrid, 1966, vol. I, «amor», pp. 72-97. R. BULTMANN, *Theologie des NT.*, Tübingen, 1961, pp. 287-292; 387 ss.

to es querido por el Padre como *primogénito entre muchos hermanos* (Rm. 8, 29); como Cabeza de la Iglesia (Ef. 1, 22, y todo el cap. 2-3; Col. 1, 18); Cabeza de la creación entera y su primogénito (Col. 1, 15-17), para que todo esté encabezado en El y por El (Ef. 1, 10). De esta forma el Misterio de Cristo se despliega, se completa y se revela en el *Misterio de la Iglesia*, en el misterio de todos los hombres en Cristo: Resultado total de la decisión amorosa del Padre de salvar a todos los hombres en Cristo muerto y resucitado. Que implica también decisión de muerte y resurrección para todos en Cristo por la fe, esperanza y caridad.

El ser y la actividad entera de la Iglesia es continuación de la actividad de Cristo; por eso el Misterio de la Iglesia es continuación espacio-temporal, del Misterio de Cristo. La actividad kerigmática, la actividad cultural, principalmente la vida en la fe, esperanza y caridad, son una ininterrumpida reiteración del Misterio de Cristo. Sobre todo si a éste le vemos concentrado en su muerte y resurrección, en su Pascua ⁵. Por el bautismo se extiende a cada creyente el Misterio de Cristo, al cual queda incorporado; y con ello surge la exigencia a una vida moral nueva (Rm. 6, 8; Ef. 4, 5; Col. 3). Por eso también la moral o comportamiento del cristiano converge en torno al Misterio de Cristo y está animado de su fuerza divina. Finalmente, la alabanza y acción de gracias del cristiano, su vida de oración gira en torno al Misterio de Cristo, a la decisión amorosa del Padre que nos predestinó en Cristo para alabanza de su gloria (Ef. 1, 6. 12. 14).

Tras esta breve descripción puede ya vislumbrarse que el Misterio de Cristo contiene en germen toda la teología paulina; y toda la teología cristiana que se haya de hacer en cualquier época. Su virtualidad queda siempre sin agotar todo a lo largo del presente «tiempo», hasta que el Misterio se consume ⁶.

5. Hay varias formas, progresivas y ascendentes, de realizar la muerte y resurrección de Cristo en el hombre, por la fe y los sacramentos. Pero todo el proceso de muerte y vida con Cristo culmina y recibe su valor decisivo en la caridad, la forma más completa de conmorir y de conresucitar con Cristo. Cfr. A. DE VILLALMONTE, *Teología de la Predicación en San Pablo*, en *Naturaleza y Gracia* 12 (1965) 3-43; espec. pp. 36-43.

6. Para estudiar el Misterio de Cristo en San Pablo pueden verse, A. DE VILLALMONTE, *El "Mysterium Christi" del Vat. II en perspectiva escotista*, en *Naturaleza y Gracia* 13 (1966) 215-268; espec. 215-229; 267. D. DEDEN, *Le "Mystère" paulinien*, en *EphTheoLovan.* 13 (1936) 405-442. J. COPPENS, *Le "mystère" dans la théologie paulinienne et ses parallèles qumraniens*, en la obra de colaboración *"Littérature et théologie paulinienne"* (Recherches Bibliques, V), Edit. Desclée et Br. 1960, pp. 142-165. P. GRELOT, *Bible et Théologie. L'Ancienne Alliance - L'Écriture Sainte* (Colec. «Le Mystère Chrétien»). Series Theologie Dogmatique). Desclée et Co., Paris, 1965.

El Misterio de Cristo en el Vaticano II.

El Vat. II mantiene la riqueza de fórmulas que hemos encontrado en San Pablo. Pero también añade nuevos aspectos del Misterio poco conocidos, o al menos no formulados directamente por Pablo. Hecho nada extraño, ya que las riquezas del *Misterio de Cristo* son insondables. Y ni Pablo ni toda la Iglesia peregrinante llegarán nunca a agotarlas. *El Misterio de Cristo* no es una realidad hecha de una vez para siempre, sino una realidad en sustancial tensión dinámica; realidad en crecimiento, que no termina de hacerse ni revelarse hasta la consumación de los siglos.

Señalamos los diversos aspectos que el Misterio de Cristo presenta en los textos del Concilio.

a) En primer lugar el Misterio de Cristo implica la *decisión de voluntad* del Padre de salvar a los hombres. El Concilio la describe con las palabras de Pablo: Por decisión libérrima y secreta de su voluntad determina el Padre crear al hombre y llamarlo a la participación de la vida divina (Const. *Lumen Gentium*, n. 2). Designio que fue revelándose desde el principio por obra del Hijo y del Espíritu (Ibid., nn. 3; 2-3-4; Cf. nn. 9, 13). El Padre tiene el propósito de salvar a todos en Cristo (Ibid., nn. 16, 17). La descripción más completa de misterio de salud o designio salvífico del Padre se ofrece en la Const. *Dei Verbum*, n. 2: Decretó Dios, en su bondad y sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad consistente en que los hombres, por medio del Verbo encarnado y del Espíritu Santo, han sido hechos consortes de la divina naturaleza, invitados y recibidos a la unión con Dios y a su amistad (Cf. Decr. *Ad Gentes*, proem. y n. 2).

El contenido de esta decisión divina también se expresa con claridad en los textos mencionados: dar a los hombres la salvación, consistente en la participación de la vida divina trinitaria. Por eso tal decisión de la voluntad del Padre es llamada continuamente «misterio de salvación», porque es decisión de *salvar*.

El designio de su voluntad lo ha planeado el Padre a impulso de su amor caritativo para con los hombres (agâpe). Por abundancia de su caridad (*Dei Verbum*, n. 2). Por lo cual también se llama «misterio del amor de Dios (Decr. *Ad Gentes*, nn. 2, 13. *Gaudium et Spes*, n. 45).

b) *El misterio de salvación es "Misterio de Cristo"*. El misterio de salvación es llamado frecuentemente «Misterio de Cristo», porque Cristo es el contenido, la revelación y, al mismo tiempo, el revelador del designio salvífico que el Padre formula en su corazón desde la eternidad (*Dei Verbum*, n. 2). Ambas fórmulas se emplean como equivalentes y complementarias

(*Optatam totius Ecclesiae*, nn. 14, 15, 16). El Misterio de Cristo está escondido desde los siglos en la voluntad del Padre como lo está el misterio de salud (*Presbyterorum Ordinis*, n. 22). La misión de la Iglesia es proporcionar a los hombres los diversos medios de participar en el Misterio de Cristo (*Ad Gentes*, proem. y nn. 2, 5, 12, 13, 16, 24, 26).

Dentro de esta *concentración cristocéntrica* del misterio de salvación, se subraya también la *concentración pascual*; ya que el Misterio se revela, ciertamente, en todo lo que Jesús dijo e hizo por los hombres; pero, sobre todo, en su muerte, resurrección y ascensión: en los hechos pascales (*Optatam totius Ecclesiae*, n. 8. *Sacrum Concilium* sobre la Liturgia, nn. 5, 6, 61).

La fórmula «Misterio de salvación» o «Historia de salvación» aparece frecuentemente unida a la de Misterio de Cristo, completándola ⁷. La fórmula «Historia de salvación» no se encuentra en San Pablo; pero corresponde perfectamente a su pensamiento. La *Historia de salud* no es más que el Misterio mismo de Cristo en cuanto éste va siendo revelado en las sucesivas intervenciones de Dios en la historia del hombre para salvarle, hasta culminar en el hecho histórico salvífico cumbre, que es la muerte y resurrección de Jesús.

La dimensión histórico-sagrada del Misterio de Cristo va ya implícita cuando se habla del Verbo encarnado en nuestra historia humana y de su acción pascual; pero esta segunda fórmula pone más de manifiesto el *aspecto histórico* de la decisión divina de salvar a los hombres.

El Misterio de María es encuadrado por el Concilio dentro del Misterio de Cristo y de la Iglesia. María aparece asociada activamente «al misterio del Verbo encarnado y del Cuerpo Místico» (*Lumen Gentium*, n. 54). «La función de María en la economía de la salvación» se describe con notable amplitud y detenimiento (Ibid., nn. 55-59). Respecto de la Iglesia María aparece como prototipo y realización ideal perfecta de las funciones virginales, maternales y mediadoras de la Iglesia para con los redimidos (Ibid., nn. 60-65). De esta forma María es la realización más llena del Misterio de Cristo y el prototipo de la realización comunitaria que tiene lugar en la Iglesia. Un aspecto del Misterio de Cristo que no había sido expresado por San Pablo.

c) *El misterio divino de salvación se revela y se continúa en la Iglesia* (*Lumen Gentium*, n. 52). San Pablo anunció con claridad esta dimensión eclesial del Misterio de Cristo, ya que Cristo es Cabeza de la Iglesia,

7. Cf. *Sacrum Concilium*, n. 35; *Lumen Gentium*, n. 55; *Optatam totius Ecclesiae*, nn. 14, 15, 16. *Gravissimum educationis*, proem.; *Dei Verbum*, n. 15; *Ad Gentes*, nn. 3, 9, 10, 12, 13, 14, 16, 21, 24, 26.

primogénito entre muchos hermanos; y la Iglesia es Cuerpo, Esposa, Plenitud de Cristo.

El Vat. II, abunda en textos que hablan del Misterio de la Iglesia como continuación y manifestación del Misterio de Cristo. Es una idea básica de la Const. *Lumen Gentium*, especialmente el cap. 1 y 2. (Cf. también los nn. 28, 40, 41, 52, 63). La acción misionera de la Iglesia completa la Historia de Salud (*Ad Gentes*, nn. 9, 24). La razón última de esta unión íntima entre el Misterio de Cristo y el de la Iglesia la señala la *Lumen Gentium* en el n. 2: Dios decidió comunicar su vida divina a los hombres en Cristo; pero también quiso que los creyentes en Cristo fuesen congregados en una Iglesia, como medio, instrumento y símbolo para reducirlos al Padre. Así es como la Iglesia entra en la decisión salvadora del Padre que se revela en Cristo; poniendo de manifiesto que dicha decisión salvadora quiere la vida de los hombres en Cristo y *en la Iglesia*.

d) *El Misterio de Cristo se revive continuamente en la Liturgia*. Es este uno de los aspectos del Misterio de Cristo que tampoco lo encontramos explicitado en las enseñanzas de San Pablo. Sin embargo, la tradición antigua y de nuevo la teología contemporánea llaman «misterios» a las celebraciones litúrgicas, en las que se conmemoran y reproducen las acciones mediante las cuales Cristo realizó nuestra salvación; es decir, nos comunicó la decisión salvadora del Padre y la realizó en nosotros⁸. La Liturgia contribuye a que los fieles vivan y expresen el *Misterio de Cristo* y la auténtica naturaleza de la Iglesia (Const. *Sacrum Concilium*, n. 2). Por el bautismo los hombres son insertados en el «misterio pascual de Cristo» (Ibid., n. 5). Las celebraciones litúrgicas en su conjunto explican y reproducen el Misterio de Cristo, especialmente el misterio pascual de su muerte y resurrección (Ibid., nn. 6, 61, 102, 103, 108). Con más intensidad en la celebración de la Eucaristía.

El precedente elenco de textos e ideas paulinas y conciliares sobre el Misterio de Cristo nos ayudará a valorar mejor la sugerencia conciliar que vamos a estudiar.

II. EL MISTERIO DE CRISTO CENTRO DEL ESTUDIO TEOLOGICO

Aquella realidad sobrenatural llamada constantemente por el Vat. II «Misterio de Cristo», es propuesta como objeto central de la formación teológica de los aspirantes al sacerdocio.

8. Para una exposición completa y equilibrada del misterio en sentido «litúrgico» puede verse C. VAGAGGINI, *El sentido teológico de la Liturgia*. Madrid 1959.

Ya la Const. *Sacrum Concilium* sobre la Liturgia recomendaba a los profesores de las disciplinas sagradas, como la teología dogmática, Escritura, teología espiritual y pastoral, que ordenasen el estudio y exposición de las mismas en torno al Misterio de Cristo y la Historia de salvación en forma tal que de ellas, connaturalmente, resultase la connexion con la Liturgia y apareciese clara la unidad de la formación sacerdotal ⁹.

En el decreto sobre la formación sacerdotal *Optatam totius Ecclesiae* vuelve el tema del Misterio de Cristo cuando quiere impulsar una renovación de los estudios eclesiásticos, para darles mayor rendimiento pastoral y mayor eficacia formativa de la personalidad total del aspirante al sacerdocio.

La presencia e influencia renovadora del Misterio de Cristo debe hacerse sentir desde el principio hasta el fin de los estudios sacerdotales. Pero pueden señalarse algunos momentos privilegiados.

1. *La educación cristiana*, en cualquiera de sus grados, está orientada en torno al Misterio de Cristo, puesto que «no solo busca la madurez de la persona humana, sino que, principalmente, está orientada a que los bautizados, a la vez que son introducidos gradualmente en el misterio de la salvación, se vayan haciendo, día a día, más conscientes del don de la fe que han recibido... y tiendan al hombre perfecto en la medida de la plenitud de Cristo (Cf. Ef. 4, 13) y colaboren al aumento del Cuerpo de Cristo» (Declar. *Gravissimum Educationis*, n. 2; cf. proem.).

Si los estudios, en cualquiera de sus grados, han de contribuir a la formación del hombre integral y perfecto, no está lejos de la mente del Concilio el afirmar que ya los mismos estudios humanísticos no podrían realizarse con plenitud y madurez cristiana, si no se enfocasen también en un sentido cristocéntrico.

Porque el ideal humanístico de cultivar al hombre en su plenitud, nunca podrá lograrse sin tener en cuenta que Cristo es la realización idealmente perfecta del hombre. "En realidad el misterio del hombre no queda esclarecido de verdad sino dentro del misterio del Verbo encarnado" ¹⁰.

2. Para lograr mejor una coordinación entre los estudios filosóficos y los teológicos que se realizan en la carrera eclesiástica, será necesario buscar en el Misterio de Cristo su punto de convergencia y de unidad (Cf. nota 1).

9. «Curent insuper aliarum disciplinarum magistri, imprimis theologiae dogmaticae, sacrae Scripturae, theologiae spiritualis et pastoralis ita, ex intrinsicis exigentiis proprii uniuscuiusque obiecti, mysterium Christi et historiam salutis excolere, ut exinde earum connexio cum Liturgia et unitas sacerdotalis institutionis aperte clarescat». Const. *Sacrum Concilium*, n. 16.

10. «Reapse nonnisi in mysterio Verbi incarnati, mysterium hominis vere clarescit». Const. *Gaudium et Spes*, n. 22, todo él. Cf. nn. 32, 38, 45.

3. El Misterio de Cristo ha de ser objeto de un curso especial al comienzo de los estudios eclesiásticos propiamente dichos, según comentaremos en seguida.

4. El estudio de la Ciencia Sagrada, en sus diversas disciplinas, para que logre la suficiente unidad y eficacia formativa de los futuros pastores de almas, será necesario que se oriente también en torno al Misterio de Cristo ¹¹.

Como indicábamos desde un principio, ceñimos nuestro comentario al curso de iniciación al Misterio de Cristo.

Ordenación general de los estudios eclesiásticos.

Buscando un mejor encuadre a este *curso de iniciación al Misterio de Cristo* y una comprensión más exacta de su sentido en las diversas direcciones, creemos conveniente presentar un esquema de los estudios que han de cursarse durante los años de la formación sacerdotal, durante la *carreera eclesiástica*.

1. Estudios humanísticos y científicos, de grado gimnasial. — 2. Curso de filosofía elemental, o *filosofía básica*. — 3. Curso de iniciación al Misterio de Cristo. — 4. Quinquenio (al menos) de estudio de la «Sacra Doctrina», en sus diversas asignaturas: Bíblicas, teológico-sistemáticas, morales, históricas, canónicas y litúrgicas. — 5. Curso específico de Teología Pastoral, teórica y práctica. — 6. Estudios superiores universitarios. — 7. Estudios especiales y complementarios. — 8. Estudios de poscarrera.

El esquema responde, según pensamos, a las propuestas y sugerencias del Concilio Vati. II en la materia. Pero será necesario hacer algún comentario, breve, que aclare y justifique algunos de los puntos del esquema.

Los estudios de las humanidades y de las ciencias han de hacerse según el plan de estudios de las diversas naciones. Tal es la recomendación constante de los documentos oficiales de la Iglesia y la práctica ya común en los Seminarios menores, que todavía subsisten. Únicamente será indispensable intensificar, en muchos casos, el aspecto humanístico de los estudios de segunda enseñanza. Entre la doble opción fundamental del Bachillerato, humanidades o ciencias, los futuros sacerdotes, cuando se forman en Colegios especiales para ellos (Seminarios Menores) deben decidirse por la formación humanística, como más apta y formativa en orden a las futuras funciones pastorales. Si esta formación humanística no ha sido suficiente

11. La teología dogmática, la moral, la historia de la Iglesia todas las disciplinas teológicas han de exponerse en torno al *Misterio de Cristo* (Decret. *Optatam totius Ecclesiae*, n. 16). Véase el texto citado en la nota 9.

en los programas oficiales, entonces será necesario suplir las deficiencias con estudios especiales sobre las lenguas clásicas, latín y griego. Son las fuentes de nuestra cultura occidental y las lenguas de la teología hasta nuestros días.

Curso de filosofía elemental, "filosofía básica". Este curso no está previsto en los textos conciliares y supone una innovación en relación a la práctica común. Por eso convendrá justificar y explicar un poco esta innovación.

Las razones que tenemos para proponer que se introduzca este curso de *filosofía básica*, podemos resumirlas en la forma siguiente.

En primer lugar hay que recordar que la formación filosófica ha sido considerada siempre y debe seguir considerándose como la *cumbre de la formación humana*. Tanto la formación humanística de tipo clásico y tradicional, como la formación «científica» más moderna, nunca llegan a su plenitud ni capacitan al alumno para poner a pleno rendimiento sus cualidades, si no son completadas por una formación filosófica suficiente, por una interpretación y síntesis filosófica que dé unidad superior y ayude a potenciar al máximo la virtualidad de los datos e información acumulados en estudios anteriores.

Esta necesidad ha sido sentida como ineludible en los mismos programas del Bachillerato oficial, cuando exigen una iniciación a los estudios filosóficos. En realidad digna de atención, si se lleva con la debida seriedad y responsabilidad ¹².

Pero, dentro de nuestra perspectiva eclesial y teológica, el estudio de la filosofía adquiere mucha mayor urgencia y exigencia en amplitud y hondura. Constituye la preparación intelectual indispensable para los candidatos al sacerdocio. En forma más concreta e inmediata juzgamos que el curso de *filosofía básica* debe preceder al *curso de iniciación al Misterio de Cristo*, tema central de nuestra reflexión en el presente trabajo. No podrá hacerse con fruto y eficacia la iniciación al Misterio de Cristo, si no preceden los estudios de *filosofía básica* en la forma en que vamos a indicar.

Efectivamente, el joven que llega a estudiar, aunque sea inicialmente, el Misterio de Cristo, precisa de una suficiente y bien demostrada madurez intelectual, que no se logrará sino con el entrenamiento mental y los contenidos mentales, con la temática, problemas y soluciones que ofrece la filosofía. Tengamos en cuenta que una exposición del Misterio de Cristo,

12. Puede verse, por ejemplo, G. GONZALEZ DE SOTIELLO, *Filosofía* (León, 1966); obra preparada para texto en el curso sexto de Bachillerato. Sólo con examinar el contenido de este «texto» se puede apreciar ya la exactitud de nuestra afirmación.

por muy accesible, sistematizada y transparente que quiera hacerla el profesor de teología, lleva inevitablemente consigo una notable carga de ideas nuevas, sorprendentes, alejadas de la experiencia; una auténtica concepción superior acerca del mundo, del hombre, de lo absoluto y de sus mutuas relaciones. Especialmente hay que acostumar a los jóvenes a un modo de razonar histórico-positivo, a una captación del *ser como historia*. Lo cual resulta especialmente difícil para las mentes juveniles.

Aun contando sólo con un aprovechamiento y asimilación media de los alumnos, no olvidemos que éstos llegan ya al año de iniciación al Misterio de Cristo con seis cursos regulares de Religión; en los cuales han oído explicar los temas fundamentales de la dogmática, de la moral, de la Historia Sagrada y de la Historia de la Iglesia. Esta instrucción y enseñanza sistemática de la Religión cristiana viene dada sobre la base de la Catequesis. Por otra parte, la buena pedagogía cristiana y el mismo Concilio Vat. II exigen que el *Misterio de Cristo* sea el centro tanto en la Catequesis primera, como de los estudios más sistemáticos, amplios y profundos de Religión, que se han de hacer en el Bachillerato ¹³.

Pues bien, tenemos que elevar a los candidatos al sacerdocio, jóvenes de más de 16 años, a una visión de las verdades religiosas muy superior a la visión infantil de los años anteriores. Hay que presentar los problemas religiosos en forma inquietante, nueva y urgente que les estimule a pensar por cuenta propia y con el riesgo personal que implica la búsqueda de la verdad. Por eso hay que llevarlos al estudio del Misterio de Cristo debidamente preparados, con esquemas mentales amplios, hondos y variados. De lo contrario, es decir, sin la capacitación inmediata que les confiere el estudio de la filosofía, nuestra explicación del Misterio de Cristo degenera, inevitablemente, en formulaciones imprecisas, pueriles o devocionales, carentes de fuerza de convicción y de atractivo. No olvidemos que los jóvenes de esta edad (entre los 16-20 años) mantienen con seriedad la noble pretensión de no ser tratados como niños, sobre todo en asunto tan vital como los temas religiosos. Su incipiente madurez humana se manifiesta también en el sector intelectual. Exigen que se les trate como hombres que ya comienzan a pensar en serio y por su cuenta sobre los problemas más importantes y difíciles de la vida y su destino.

Surge en seguida el problema de determinar cuál habría de ser el contenido, la temática a tratar en este *curso de filosofía básica*.

Los criterios podrían variar según las circunstancias y las necesidades de la adaptación práctica a los diversos grupos de alumnos. Con todo, aun

13. Declar. *Gravissimum Educationis*, proem. nn. 2, 3, 4. Para la orientación cristocéntrica y kerigmática de la Catequesis véase la obra, ya clásica, de J. A. JUNGSMANN, *Catequética. Finalidad y método de la instrucción religiosa*. Barcelona, 1957.

confesando el carácter de ensayo y tanteo que presiden nuestras reflexiones sobre un tema nuevo, nos permitimos sugerir un conjunto de temas y problemas que deberían ser objeto de estudio durante el curso de *filosofía básica*.

Dentro del desarrollo normal que permite un año académico podrían cursarse: *La Lógica y la Metodología general de la ciencia y del trabajo científico*. — *Filosofía de las ciencias y cosmología*. — *El problema del conocimiento en su aspecto fenomenológico y metafísico; así como las bases del problema crítico*. — *Finalmente, los principios de la metafísica general u ontología*.

Podría proponerse como aspiración final de este curso el dotar al alumno del *instrumental filosófico indispensable* para los próximos estudios: metodología técnica del trabajo personal y científico; entrenamiento y agilidad mental; nociones, problemas y soluciones elementales indispensables para dar altura a la exposición de las ideas científicas que, inevitablemente, van implicadas en una explicación seria del Misterio de Cristo. Con todo esto el alumno habrá recibido, desde el punto de vista formal, el entrenamiento suficiente para acostumbrarse a pensar, a crear problemática, a dudar metódicamente de las soluciones «hechas», a juzgar críticamente de las opiniones y acontecimientos más varios. Estas cualidades mentales se irán perfeccionando; pero ya es necesario poseerlas en buen grado cuando se llega a estudiar el Misterio de Cristo en su contenido teológico, aunque sólo sea en aquella forma inicial que nos propone el Vat. II y que nosotros comentamos.

No podemos abordar ahora el problema completo de los estudios filosóficos que son necesarios para la *formación completa* de un sacerdote y futuro guía de almas. Durante los años del quinquenio teológico han de ser tratados los grandes temas de la filosofía: Dios, el hombre, el mundo, la moralidad. Pero será mejor estudiarlos en simbiosis con los correspondientes problemas y soluciones teológicas. La filosofía «separada» nunca podrá dar solución a estos grandes temas que siempre han preocupado al espíritu humano y que son temas eternos de su meditación e inquietud. En cualquiera de los grados antes señalados a los estudios sacerdotales, el aspecto filosófico de los grandes problemas no puede ser preterido, bajo pena de caer en soluciones estrechas y carentes de interés para los más pensadores de entre los hombres con quienes convivimos.

Terminado el curso de "*filosofía básica*" tiene su lugar propio la iniciación al Misterio de Cristo que el Concilio recomienda.

Los estudios teológicos comunes sobre la «Sacra Doctrina», en sus diversas disciplinas, debería durar, cuando menos, un quinquenio.

Ya conocemos el pensamiento del Concilio Vat. II sobre la orientación eminentemente pastoral que han de tener todos los estudios teológicos.

Como medio universal para lograr esta orientación pastoral y formativa de los estudios teológicos se propone su concentración en torno al Misterio de Cristo. Se ofrece aquí un importante tema de estudio y una urgente llamada a los Profesores de Teología para que reformen sus métodos didácticos (Cf. textos cit. en notas 9 y 11).

Teniendo a la vista nuestro esquema, vamos a insistir en otra idea: La necesidad ineludible de incorporar a la asignatura llamada teología especulativa o sistemática, un mayor número de problemas filosóficos sobre Dios, el hombre, el cosmos, la moralidad. No deben quedar como objeto de estudio para una filosofía «separada»; sino que, por lo menos los destinados al sacerdocio, deben estudiarlos en perfecta simbiosis con la Teología, dentro de ese alto saber sintético, plenificador y profundo que llamamos «sabiduría cristiana». Los problemas filosóficos —excepto los que fueron objeto del curso de filosofía básica—, el futuro sacerdote y pastor de almas, debe estudiarlos a impulsos de exigencias teológicas, con una finalidad, sentido y sobre-elevación específica que le confiere el ser puestos y mirados desde la altura de la Teología ¹⁴.

El *Curso de Teología Pastoral* debe considerarse como parte integrante e indispensable de la carrera eclesiástica común; si se quiere llenar las exigencias del Vat. II y responder a las primeras necesidades de una formación sacerdotal completa y actual. Tanto sobre esta como sobre las siguientes etapas de la carrera sacerdotal no será preciso hacer más comentarios ¹⁵.

Circunstancia vital en que ha de hacerse la iniciación al Misterio de Cristo.

Bajo este epígrafe, de resonancia orteguiana, querriamos describir la «situación vital» en que se encuentran los jóvenes que van a ser promovidos a dicha iniciación. Situación que viene determinada por factores de

14. El problema del estudio de la filosofía durante la carrera eclesiástica es amplio y complicado. La actual solución de estudiar la filosofía por separado no la creemos acertada. Los temas mayores y más vitales que inquietan al espíritu humano filosofante, deben ser propuestos y resueltos en mutua interdependencia de filosofía y teología, bajo la alta dirección de ésta. Así lo hicieron los grandes genios creadores del cristianismo como Orígenes, Agustín, Tomás de Aquino y Duns Escoto. E incluso fuera del ambiente eclesiástico la preocupación religiosa profunda ha dado sus mejores impulsos a pensadores como Descartes, Kant, Kierkegaard, Hegel, Heidegger. El tema de la *reforma de los estudios eclesiásticos* preocupa mucho en la actualidad. Puede verse, en plan de información: A. A. ESTEBAN Y ROMERO, *La revisión de los estudios eclesiásticos a la luz del Vat. II*, en *RET.* 26 (1966) 335-347. A. MAYER - G. BALDANA, *Il rinnovamento degli studi filosofici e teologici nei Seminari. Rassegna bibliografica*, en *La Scuola Cattolica* XCIV (1966) 83**-146** del Supl. bibliograf.

15. Cfr. Decreto *Optatam totius Ecclesiae*; VI. *De institutione strictae pastoralis promovenda*, nn. 19, 20, 21. En las notas se citan otros documentos Pontificios complementarios, especialmente la Const. *Sedes Sapientiae*.

orden íntimo y de orden externo; intelectuales y religioso-espirituales; personales y ambientales.

Grado de formación cultural. Los alumnos del curso de iniciación han estudiado ya el Bachillerato; completado, cuando fuere necesario, con un estudio especial de las humanidades clásicas. Sobre todo, y en forma indispensable según nuestra opinión, han estudiado el curso de *filosofía básica*. Esta propedéutica de formación humanístico-filosófica nos amonesta sobre la altura de temas, de problemática doctrinal en la que debe moverse nuestra exposición sobre el Misterio de Cristo. Implica una madurez intelectual que ya no va a tolerar el que las verdades de la fe sean expuestas, por más tiempo, en forma infantil, en categorías y formas de expresión ingenuas, devotas y edificantes; pero poco convincentes.

Grado de cultura religiosa. Además de este grado ya elevado de cultura humana general y del correspondiente desarrollo mental que implica, hay que tener en cuenta otro factor: que los jóvenes aspirantes al sacerdocio no están a cero en su formación religiosa doctrinal. Han dejado muy atrás los años de Catequesis infantil y de los estudios primarios. Durante los seis años del Bachillerato han oído explicar sistemáticamente las verdades de la fe en cursos ordinarios de Dogmática, Moral, Historia de la Iglesia, Historia Sagrada. Vamos a contar con una asimilación y rendimiento medio, al menos en los Colegios-Seminarios. Además, pronto deberá ser una realidad la mejor ordenación de estos estudios precisamente buscando como centro orientador el Misterio de Cristo, según lo demanda el Vat. II y las nuevas corrientes de pedagogía religiosa aplicada a la enseñanza de la Religión cristiana.

Nada de esto debe perder de vista el profesor de Teología que haya de explicar a los jóvenes el Misterio de Cristo. Sus oyentes tienen una cultura religiosa considerable. Bien seguro que no aguantarán el que ahora les vengan a exponer, en forma rudimentaria, machacona y aburrida, los mismos temas, idéntica problemática, con la consabida solución que vienen oyendo desde hace años. Con razón pueden y deben exigir una exposición del Misterio de Cristo de más altura, de más amplitud de perspectivas, con soluciones más matizadas y aquietantes. Sin embargo, la sabiduría pedagógica guiará al profesor para que no abrume a los alumnos con una cantidad de materia que no podrían asimilar normalmente.

Desarrollo humano integral. Es norma general de toda docencia atender al grado de desarrollo en que se encuentran los alumnos. Pero tal vez tenga especial importancia en este momento, cuando se trata de la enseñanza y asimilación de verdades tan decisivas y comprometedoras de la persona humana y de su destino como son las verdades religiosas cristianas.

Los jóvenes se encuentran en una edad en que comienza a fraguar el armazón básico de su personalidad, en todos los sentidos. Ahora se encuentran en su mejor «kairós», su mejor oportunidad íntima, ofrendada por Dios y por la Iglesia, para que su personalidad humana-cristiana-sacerdotal comience a cuajar aglutinada por la fuerza y sabiduría de Dios, que es Cristo en su Misterio.

Este período de la vida humana, cuando está en ciernes la personalidad y en trance de formación, es el momento privilegiado para recibir una exposición densa, vital, transparente, ágil y asimilable del Misterio de Cristo. Cuando la personalidad total del joven está haciéndose, Cristo, en su Misterio, ha de ser el ingrediente esencial que le confiera la unidad suprema, vital y fecunda para el futuro; que configure y estructure hasta el fondo su «forma mentis», para configurar luego la «forma vitae» de hombre cristiano al servicio sacerdotal de Dios y de los hermanos.

Bajo otro aspecto más humano y concreto, no se olvide que tenemos delante un grupo de jóvenes inquietos, difíciles, insatisfechos, exigentes y cargados de aspiraciones ilimitadas. Y quiera Dios que siempre sea así.

Situación religiosa espiritual íntima. Nos referimos al grado de desarrollo y madurez en la vida cristiana, en la vida espiritual interior que, normalmente, se podría pedir en nuestros jóvenes alumnos.

Esta adultez en la vida cristiana viene determinada por dos factores principales: Los aspirantes al sacerdocio son jóvenes de *vida cristiana seria*. Se esfuerzan por ser sinceramente cristianos, les atrae, con especial fuerza, Jesucristo. Tal vez se les ha planteado ya con alguna gravedad y dureza el problema de la fe y del sentido último de la vida humana. Las soluciones infantiles no pueden convencerles. Su inteligencia es más exigente en todos los aspectos. Su vida de piedad necesita nutrirse de dogmas más hondos y verdades más sólidas, percibidas con nitidez, rigor mental y fuerza de convicción apropiada.

Tenemos luego el hecho de que estos jóvenes vienen sintiendo, en forma bastante intensa, aunque todavía incompleta, una *vocación sacerdotal*. Es este un carisma que no suele caer del cielo en forma fulgurante. Desciende sobre cada uno de los llamados adoptando las formas progresivas, lentas, evolutivas e históricas con que lo divino llega, por lo general, al hombre viador. Por eso, la vocación inicial necesita ser cultivada como un germen: Hacerse más amplia, más honda, más clara en todas las direcciones de la vida humana. Para todo ello debe conocer a Cristo en su Misterio, como Camino, Verdad y Vida; especialmente aquel que comienza a sentir la llamada del Señor.

Es aquí, en el recinto más hondo de la vida espiritual, donde brota la

urgencia de un estudio serio sobre el Misterio de Cristo, con la finalidad y en las condiciones que propone el Concilio.

Los jóvenes aspirantes al sacerdocio comienzan sus estudios específicamente eclesiásticos con dos o tres años de filosofía «separada». Los problemas y soluciones en que está ocupada constantemente su inteligencia son exclusivamente humanos. Se les proporciona una cultura racional bastante elevada para sus años. Mientras tanto su vida cristiana, los problemas religiosos que inevitablemente han de sentir, quedan allá lejos, sin respuesta adecuada. En parte se les hace esperar una solución para cuando lleguen a los cursos de teología. Espera demasiado larga y perjudicial para los jóvenes. O bien sus inquietudes por problemas religiosos tienen que aquietarse, adormecerse con las pláticas «devotas», «edificantes», pero poco convincentes, en muchos casos, de los Padres espirituales. Carecen, casi siempre, de la *sustancia teológica* adecuada para contrarrestar la carga de ideas naturales y humanas que les entran en la cabeza durante tres cursos de filosofía «separada». La autonomía y completez con que se les presenta la *concepción del mundo* exclusivamente filosófica, produce una dura tensión frente a su vida espiritual cristiana que se basa en otros principios y se justifica por otros caminos.

De esta escisión, mantenida durante años, entre la «forma mentis» que se cultiva en las clases y la «forma vitae» cristiana y religiosa que están viviendo como cristianos, no pueden menos de resultar perjuicios en ambas direcciones. La formación espiritual de los jóvenes aspirantes debería estar íntimamente ligada y sostenida por la formación doctrinal correspondiente. Esta necesidad urgente de dar formas doctrinales suficientes a la vida cristiana y a la vocación sacerdotal incipiente de los jóvenes es, sin duda, lo que más ha pesado en los Padres del Concilio para recomendar el *curso de iniciación al Misterio de Cristo*, en los comienzos mismos de los estudios sacerdotales; a fin de que éstos puedan proseguirse con sentido y con eficacia. La institución del curso de iniciación tiende a superar plenamente aquella rotura aludida, antinatural y ruinosa, entre la «forma mentis» y la «forma vitae» de los jóvenes aspirantes al sacerdocio.

Finalidad concreta del curso de iniciación al Misterio de Cristo.

Partiendo de las palabras del Concilio y de la situación y circunstancia vital antes descrita, creemos puede distinguirse una doble finalidad básica en este curso: Una que llamaríamos finalidad doctrinal y de orientación más teórica; y otra completamente «práctica», religioso-espiritual y vocacional ¹⁶.

16. Especialmente en este caso hay que cuidar no disociar la vertiente doctrinal

Bajo su aspecto doctrinal y de formación intelectual, el estudio del Misterio de Cristo implicaría la información que es intrínseca a la explicación, es decir, descubrir a los alumnos el Misterio tal como éste se despliega en la Historia de Salvación y en la Iglesia. Pero, además, tendría por finalidad: a) dar unidad, en torno al Misterio de Cristo, a los estudios filosóficos y teológicos; b) descubrir el sentido de los futuros estudios teológicos, en torno al Misterio de Cristo; c) proponer el orden en que se desarrollan los estudios de la «Ciencia Sagrada», teniendo en cuenta las diversas disciplinas en que se divide y la relación de todas ellas al Misterio de Cristo; d) hacer ver la finalidad pastoral de todos los estudios teológicos. Todo ello para que los jóvenes centren, en torno al Misterio de Cristo, su mentalidad, su ideología y su concepción del mundo; como está centrada su «forma vitae» cristiana.

Primeramente hay que «atender a una mejor coordinación de las disciplinas filosóficas y teológicas, a fin de que juntas contribuyan a descubrir mejor a las mentes de los alumnos el Misterio de Cristo que afecta a toda la historia del género humano, influye constantemente en la Iglesia y actúa, sobre todo, mediante el ministerio sacerdotal» (Decr. *Optatam totius Ecclesiae*, n. 14).

El primer fruto que debe intentarse con esta iniciación al Misterio de Cristo es el de superar las limitaciones, incompletez y aun peligros positivos de una filosofía «separada»; sustituyéndola por una filosofía asumida, acogida y sobre-elevada por la teología. Lo cual se logrará, según espera el Vat. II, haciendo converger los estudios filosóficos hacia la teología, y la teología centrarla en torno al Misterio de Cristo¹⁷.

Ante los problemas más hondos y definitivos del espíritu humano, la filosofía «separada» nunca encuentra soluciones completas; y si se presenta como completa deseduca y puede causar perjuicio en la formación mental adecuada del futuro sacerdote. Sin duda que un margen de filosofía «separada» es indispensable como propedéutica al estudio serio, científico de la Sacra Doctrina. Pero para filosofía «separada» y en orden a la formación doctrinal de los futuros sacerdotes, tenemos bastante con la

de la vertiente «práctica». La practicidad de la doctrina teológica la entendemos en sentido de J. Duns Escoto que concibe la «praxis» como «*amor recto de la voluntad*» y entiende que la teología es ciencia «práctica», porque su fin interno es el *amor de caridad*.

17. Tal es la idea que preside y hace valioso —en medio de su atuendo medieval— el opúsculo de S. Buenaventura *De Reductione artium ad Theologiam* (Op. omn. V, 319-325). Todos los saberes se reducen a la Teología y la Teología a Cristo. Por su parte el Concilio se preocupa más de una vez por lograr esta armonía entre los estudios filosóficos y los teológicos: Dec. *Optatam totius Ecclesiae*, n. 14, varias veces citado. Y en el n. 15: «*ipsi quoque adiuventur ad perspiciendos nexus qui intercedunt inter argumenta philosophica et mysteria salutis quae in theologia superiore lumine fidei considerantur*».

filosofía básica antes mencionada. Los otros grandes problemas del espíritu humano (y como tales susceptibles de ser captados por la razón filosofofante) parece mejor tratarlos en simbiosis con la otra vertiente de los mismos: la vertiente teológica, estudiarlos desde Dios, que es donde aquellos problemas definitivos encuentran, únicamente, una solución.

Dentro ya del campo propiamente teológico, el curso de iniciación ha de destinarse a descubrir a los alumnos, en los umbrales mismos de la carrera eclesiástica, *el sentido de los estudios teológicos*.

El sentido de los estudios teológicos creemos se le descubriría al alumno si se le hiciese ver, en la medida de sus actuales alcances y preparación que, los estudios teológicos que va a emprender, constituyen una actividad eclesial de primer rango y de primera necesidad. Es uno de los medios con que la Iglesia cuenta, según voluntad de Dios, para «edificarse» así misma y desarrollarse hasta la plenitud de Cristo como varón perfecto. La teología no brota de una preocupación humana, aunque noble, por saber; ni de una problemática que el espíritu humano natural provoque al contacto con la realidad del hombre y de las cosas. El quehacer teológico viene exigido por el amor que se tiene a la verdad revelada aceptada por el acto de fe: "*propter amorem eius cui assentit desiderat habere rationes*"¹⁸. La Iglesia, cuando toma conciencia profunda de lo que ella es, de su origen, su razón de ser, su contenido, el sentido más hondo y alcance de su actividad santificadora, de la acción pastoral de conjunto, no puede menos de cultivar una teología. La teología es el resultado normal a que llega una Comunidad cristiana cuando quiere ver con claridad, amplitud y hondura sobre su propio ser y misión. Cuando la Comunidad cristiana toma conciencia refleja y luminosa de lo que tiene que ser y hacer en el mundo y para el mundo, inevitablemente, por el mismo hecho, cultiva ya una teología.

Por eso, al joven cristiano que ha sentido una llamada inicial al sacerdocio, al servicio especial de Dios y de los hermanos, no puede menos de resultarle estimulante y benéfico el saber que sus estudios teológicos le ayudan poderosamente a colaborar en la edificación del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Por este camino percibirá el candidato la unión interna, indestructible que hay entre la vocación al «servicio» de la Iglesia en el sacerdocio —que es lo más valioso y apreciable para él— y esta actividad en que va a ocuparse ahora durante los años de la carrera eclesiástica, y luego para toda la vida ministerial futura: Estudiar teología.

Dando un paso más en la misma dirección hay que mostrar al joven aspirante *el orden de los estudios eclesiásticos*.

18. S. BUENAVENTURA, *I Sent.* proem. q. 2, 2 ad 6 m.; I, 11b.

Para descubrir a los alumnos este orden, creemos debería exponerse, en sus rasgos generales y en vista panorámica, la íntima trabazón que entre sí tienen todas las disciplinas o asignaturas teológicas y cómo están articuladas en función de una exigencia y finalidad común: Exponer el Misterio de Cristo en sus inagotables riquezas.

Una ayuda inicial para esta visión unitaria de la teología, la podemos encontrar en los teólogos clásicos, como Santo Tomás y San Buenaventura. En esta visión unitaria, las diversas disciplinas teológicas que se estudian durante la carrera sacerdotal, son propuestas como ramas de una única SACRA DOCTRINA que estudia constantemente el misterio de Dios, en sí mismo y en sus manifestaciones creadas.

Decimos ayuda inicial y no plena, porque siguiendo la mente del Vat. II, la visión unitaria de la teología en torno a la «razón de Deidad» (la preferida por Santo Tomás y Duns Escoto) debería ser completada y perfeccionada, para finalidades pastorales, presentando la «Sacra Doctrina» como *“una ciencia que trata de Dios, en cuanto se nos revela en Cristo para nuestra salvación”*. Es decir, completar el aspecto teocéntrico —sustancial y sustantivo en toda teología— con una visión cristocéntrica y salvífica mucho más destacada. Al hacer la síntesis y exponer la interdependencia de las diversas disciplinas teológicas entre sí, subrayar su convergencia en torno al Misterio de Cristo, estudiado en su raíz divina trinitaria y en sus manifestaciones en la Historia de Salud y en la vida de la Iglesia y del hombre cristiano. Sería anticiparle, en forma breve, pero clara y suficiente, la idea que el mismo Concilio sugiere al hablar de los estudios teológicos centrados, en sus diversas ramas, en torno al Misterio de Cristo: La dogmática, la moral, la Sagrada Escritura, la Historia de la Iglesia, la Liturgia (Decret. *Optatam totius Ecclesiae*, n. 16).

Lo que se diga sobre el sentido y orden de los estudios teológicos se completa descubriendo al alumno *la finalidad pastoral de los mismos*.

Esta finalidad asume, sobreeleva y completa las dos anteriores.

La Teología Pastoral viene a ser la reflexión teológica sobre las acciones mediante las cuales se edifica el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. Será indispensable y altamente educativo, el proponerles a los aspirantes esta finalidad en forma nítida y convincente. Así, sobre el interés meramente intelectual que pudieran despertar los futuros estudios, añadimos la fuerza e impulso espiritual de la vocación. Poner la tarea de estudiar bajo la fuerza y exigencias de la gracia de la vocación es dotarle de un interés máximo. La llamada de Dios y de la Iglesia, si quiere realizarse en la forma que la Iglesia pide para su edificación como Cuerpo de Cristo, exige entregarse a los estudios teológicos con toda seriedad, responsabilidad y dedicación. Porque dentro de ellos se ocultan Cristo y su Misterio.

Pasamos ahora al otro aspecto, a la otra ladera por donde debemos mi-

rar esta finalidad concreta: la vertiente netamente religioso-espiritual, «práctica».

Y, ya dentro de este aspecto «práctico», lo primero que se intenta es «fundamentar e impregnar de fe toda la vida de los jóvenes» (Lug. cit.).

La desvelación del Misterio de Cristo ante los jóvenes debe comenzar con la finalidad más inmediata de hacerles ver que es en Cristo donde tiene su raíz, su sentido último, su finalidad y complemento, la vida cristiana de la que ellos son portadores desde el día del bautismo. En otras palabras, hacerles ver que el misterio de la propia y personal vida cristiana de ellos se funda y explica en el Misterio grande de Cristo. Para ello será indispensable hacer ante los oyentes una que diríamos exposición de la «teología de la vida cristiana», en forma básica y elemental; pero suficiente para que ésta quede bien cimentada en los principios dogmáticos primeros de la revelación.

Completando esta fundamentación de la vida cristiana, hay que subrayar la *finalidad vocacional* que debe imponerse a este curso.

Se trata aquí de hacer una oportuna aclaración sobre los principios teológicos que sustentan la vocación sacerdotal: "*para afianzarse en la vocación abrazándola con entrega personal y ánimo gozoso*" (Decret. *Optatam totius Eccl.*, n. 14). Se debe aspirar a que, en la medida en que ello depende de factores intelectuales y motivaciones ideológicas (siempre sobrenaturales), el candidato tome su decisión de seguir la vocación sacerdotal a plena luz intelectual-teológica y en plena espontaneidad libre y personal. Cuando los motivos teológicos, sobrenaturales de la decisión vocacional se han poseído en esa plena luz, es cuando —bajo el impulso de la gracia—, se sentirá el «ánimo gozoso» para entregarse al servicio de la Iglesia en el sacerdocio.

Bajo esta vertiente «práctica» el curso de iniciación al Misterio de Cristo tiene por finalidad inmediata: explicación, fundamentación teológica adecuada y suficiente del «misterio de la vida cristiana» que el joven aspirante lleva ciertamente dentro de sí; y del «misterio de la vocación sacerdotal», cuyas primeras revelaciones comienza a sentir en su alma cristiana.

III. ORIENTACION Y CONTENIDO BASICO DEL CURSO DE INICIACION AL MISTERIO DE CRISTO

La índole de nuestro trabajo no permite entrar en pormenores. También es preciso dejar margen a los profesores que han de dirigir este Curso y a las exigencias de los diversos grupos de alumnos. Sin embargo, proponemos algunas observaciones que ayudarán a reflexionar sobre el problema.

La orientación general del curso.

Podría resumirse, en forma bastante completa, en estos dos calificativos: Debe ser una orientación *crístocéntrica* (histórico-sagrada, eclesial) y *salvífica*.

La *orientación crístocéntrica* implica el que los diversos temas doctrinales han de hacerse brotar, han de desarrollarse y han de encontrar la solución pertinente en contacto con el Misterio de Cristo en su realidad central: El ser y actividad salvadora de Jesús Hijo de Dios. Y es natural que tenga que ser así, ya que tratamos de dar a los alumnos unas estructuras mentales que respondan de lleno a lo que es su «forma vitae», Cristo.

Pero el Misterio de Cristo ha de ser expuesto no en categorías abstractas, sino en la forma histórica, narrativa en que viene revelado por la Biblia. Por eso hablamos del aspecto *histórico-sagrado* de esta exposición. La forma de pensar histórica y evolutiva no siempre es fácil para las inteligencias jóvenes, pero es indispensable iniciarles en ella al comienzo de los estudios teológicos.

También hemos mencionado, dentro de lo crístocéntrico, el aspecto *eclesial*. Porque el Misterio de Cristo se continúa en la Iglesia, que es Esposa de Cristo su Cuerpo y su Plenitud (Pleroma).

Al hablar de la orientación salvífica queremos subrayar el aspecto religioso, estrictamente vital y «práctico» que tienen las verdades reveladas. Que ellas sean el alimento de la propia vida espiritual» (Decret. *Optatam totius Ecclesiae*, n. 16). El Concilio mismo alude al método de San Buenaventura como modelo en esta manera de enseñar la teología. Esta es, para el Doctor seráfico, "*veritatis ut credibilis et diligibilis notitia sancta*"; y a de ser ordenada "*ad santitatis notitiam, ad sanctitatis placentiam, ad sanctitatis custodiam*"¹⁹.

Contenido básico del curso de iniciación.

Para completar nuestro estudio nos permitimos presentar un esquema de los principales temas y problemas que han de tratarse ante los jóvenes reunidos para este curso de iniciación al Misterio de Cristo.

19. *De donis Spiritus Sancti*, collat. IV, n. 19; Opere Omnie V, 477b. Cf. 474, 476b. Ibid., n. 20; V, 477b. El Vaticano II, para inculcar esta dirección «vital» de los estudios teológicos, cita el texto de S. Buenaventura: «(Nemo) credat quod sibi sufficiat lectio sine unctione, speculatio sine devotione, investigatio sine admiratione, circumspectio sine exultatione, industria sine pietate, scientia sine charitate, intelligentia sine humilitate, studium absque divina gratia, speculum absque sapientia divinitus inspirata». *Itinerarium mentis in Deum*, Prol. n. 4; Op. omn. V, 296a.

La descripción que anteriormente hicimos sobre el Misterio de Cristo en San Pablo y en el Vat. II nos puede dar una primera orientación. Lo demás se ha de determinar teniendo en cuenta el alumnado, la circunstancia vital antes descrita, la finalidad específica del curso y sus caracteres básicos.

1. *La vida cristiana como realidad radical.* El intenso antropocentrismo y vitalismo de nuestra cultura actual parece exigir que todos los grandes problemas sobre los que nos pongamos a reflexionar hayan de ser referidos a la vida humana como «realidad radical». A partir de ella hay que esforzarse por captar la razón de ser, la importancia y sentido de los demás problemas que en el recinto de la vida se nos presentan.

En este ambiente conviene que la reflexión de nuestros alumnos sobre el Misterio de Cristo, la hagamos partir de *la vida cristiana como "realidad radical"*, de cuyas exigencias concretas brotan los demás problemas y desde donde todos cobran su interés vital más auténtico. Ser la vida cristiana la «realidad radical» no quiere decir que sea la más importante ni, en última instancia, la más valiosa. Pero bien puede aceptarse como lo más inmediato y originario, la plataforma viviente para lanzar los diversos problemas teológicos y mantener por ellos un interés vivo. Observemos, además, que la vida cristiana no hay que reducirla al campo de lo individual, sino que hay que verla siempre en su radical sentido comunitario y social. Nunca está *mi* vida aislada de *nuestra* vida.

Según esto, el primer *grupo de lecciones* lo daríamos partiendo de la situación vital, existencial, óntico-sobrenatural en que se encuentra el hombre que ha sido bautizado y confirmado: El cristiano es un «ser-en-Cristo»; participe de su dignidad mesiánica, al servicio del Dios Trino y de los hermanos. Habría que exponer aquí una elemental, pero suficiente y clara *teología del bautismo y de la confirmación*, como sacramentos por los que el hombre queda incorporado al Misterio de Cristo, hecho realidad en el interior de cada hombre. Los sacramentos de la *iniciación cristiana* deben ser también el punto de partida para esta iniciación doctrinal en el Misterio de Cristo.

El bautizado (y confirmado) como *ser-en-Cristo*, adquiere una nueva situación óntico-sobrenatural ante Dios; una nueva concepción del mundo, del hombre, de Dios y de sus relaciones mutuas; nuevo sentido de la vida y de la muerte; nueva base para un comportamiento moral nuevo y distinto: Entró en el Misterio de Cristo, con todas las consecuencias en el orden del ser, del conocer y del obrar, tanto en el aspecto individual, como en el aspecto comunitario y social. Todo lo demás será desarrollo de este primer germen divino.

2. Inmediatamente habría que proponer *el sentido, orden y finalidad pastoral de los estudios teológicos*. Los estudios que van a comenzar sobre el Misterio de Cristo y luego los estudios teológicos de toda la carrera (y aun de toda la vida sacerdotal) vienen exigidos por la vida cristiana misma, si se quiere tener sobre ella una visión consciente, amplia y honda. Particularmente para el cristiano que siente la llamada al servicio ministerial de la Iglesia.

Las sugerencias que hacíamos anteriormente, pueden valer para ver la orientación que habría de darse a este tema.

3. *El Misterio de Cristo preparado por el Padre*. La verdadera Historia de Cristo y de los hombres en Cristo, comienza desde la eternidad en el corazón del Padre, cuando éste, movido de amor a los hombres, decide salvarlos, darles participación de su vida divina en Cristo. Convendría exponer el plan divino de salvación según existe en el corazón del Padre ab eterno. Para ello recoger y comentar las fórmulas paulinas sobre el tema; así como el uso frecuente que de ellas hace el Vat. II. Sin entrar en problemas de teología especulativa, sino indicando el enorme valor religioso que encierra tal perspectiva providencial sobre Cristo y la Historia Sagrada en torno a El.

Luego viene la realización en la historia del plan divino sobre Cristo y los hombres en Cristo.

A) *El primer episodio de la Historia Sagrada es la "creación" del cosmos*. Es el momento de exponer una interpretación religioso-teológica del mundo material: Su origen por creación, su valor sagrado en orden a Dios, a Cristo, a la salvación y elevación espiritual del hombre. (Dar una síntesis y valoración teológica del mundo material y sus valores: el trabajo, el progreso técnico. Para todo ello ofrecen material los tratados sobre «Dios Creador», de sentido más actual, y el Vat. II en la Const. *Gaudium et Spes*)²⁰.

B) *El segundo momento lo constituye la "creación del hombre"*. Completando la cosmovisión anterior, sería oportuno ofrecer en síntesis, una visión cristiana del hombre. En realidad una antropología teológica inicial, en que se estudie el tema del origen, naturaleza y destino del hombre a base de los datos bíblicos, de las ideas más aprovechables de la teología tradicional y de las sugerencias excelentes y actuales que, para una concepción cristiana del hombre, ofrece el Vat. II en la Const. *Gaudium et Spes*, sobre todo.

20. Entre los tratados teológicos pueden verse, M. FLICK-A. ALSZEGHY, *Los comienzos de la salvación*. Salamanca 1965. M. SCHMAUS, *Theologia Dogmática*, vol. III: *Dios Creador*. Madrid 1961.

C) *El tercer momento*, la preparación histórica y revelación progresiva del Misterio de Cristo, lo constituye la "creación" del Pueblo de Dios, en el Antiguo Testamento. Este grupo de lecciones, bastante amplio, tendría por objeto estudiar la Historia y el contenido teológico básico del Pueblo elegido del A. Testamento; en cuanto viene cargado por Dios con el destino mesiánico de ser el pedagogo que conduce a Cristo: Origen y desarrollo del Pueblo; sus ideas e instituciones religiosas. Señalando en cada momento la presencia del Misterio de Cristo a lo largo de esta historia que culmina en El.

4. *El Misterio de Cristo en la plenitud de su realización histórica.* Después de haber hablado Dios de muchas maneras a los hombres, últimamente les habló por medio de su Hijo (Heb. 1, 1 s.). A este momento cumbre de la Historia de la Salvación nos referimos ahora. También ha de ser el momento central en la iniciación al Misterio de Cristo que se pretende realizar.

No se trata de exponer una Cristología de corte clásico; sino de presentar la figura del Señor tal como emerge de los datos más inmediatos del N. Testamento. Hablando a jóvenes será especialmente acertado subrayar la figura grandiosa de Jesús como realización acabada, de sublime perfección, lograda por Dios, del ideal del hombre nuevo y perfecto (Cf. Decret. *Gaudium et Spes*, nn. 22, 38, 45). El Misterio del Hombre-Dios y del Dios-Hombre, más que categorías abstractas debe ser explicado en su función dinámica y salvadora. La revelación visible, la encarnación del amor del Padre a los hombres a quienes amó hasta darles a su Hijo unigénito (Jn. 3, 16). Por otra parte, Jesús es el encuentro sustancial del Hombre con Dios, modelo ejemplar de todo otro posible encuentro.

Jesús debe ser presentado, a base de los datos evangélicos, como el Hombre que vive totalmente entregado a la voluntad de Dios, como el Hijo perfectamente obediente, fiel Siervo del Padre en la obra de la salvación.

Pero, por otra parte, Jesús es sustancialmente el *Hombre-para-los-otros*, que nos enseñó y realizó en su vida el ideal perfecto de entrega a los demás hombres, el servicio de amor fraterno hasta el sacrificio total.

Bajo esta perspectiva hay que ver la obra entera de Jesús: Profeta, Maestro supremo y definitivo de la humanidad, que se entregó a su obra redentora hasta dar la vida «movido de un intenso amor a Dios y a los hermanos».

En relación inmediata, «unida a su Hijo, con vínculo muy estrecho», encontramos el *Misterio de María*, continuación del Misterio de Cristo; arquetipo, ejemplar, realización perfecta y paradigmática del Misterio de la Iglesia, según la concepción del Vat. II, en el cap. VIII de la *Lumen*

Gentium. Este cap. VIII podría servir de base para dar a los alumnos lo más sustantivo y vital de la doctrina mariana de la Iglesia que ellos precisan saber en este momento.

5. *El Misterio de Cristo continuado en la Iglesia*. El tema, aunque importante, no precisa comentario especial. Se trataría, en este grupo de lecciones, de presentar la doctrina teológica sobre el Misterio de la Iglesia como continuación y realización histórica del Misterio de Cristo. La finalidad de estas lecciones puede lograrla el Profesor dando una ordenación sistemática, didáctica, clara y asimilable de las enseñanzas del Vat. II sobre la Iglesia, tal como se resumen en la *Lumen Gentium* y se completan en los demás documentos conciliares.

6. *El misterio del vivir cristiano en el Misterio de Cristo*. Este tema ya lo hemos aludido anteriormente. Primero al proponer la vida cristiana como la realidad radical. Luego también hubo de ser tocado al explicar las bases de una antropología medularmente cristiana. Pero, ahora es necesario tratarlo en su plenitud.

En esta sección habría de exponer el misterio de la deificación del hombre por la gracia que se nos da en Cristo: Jesucristo vida del alma cristiana.

Junto con este aspecto óntico y constitutivo de la vida cristiana como un nuevo "*ser-en-Cristo-para-Dios Trino*", habría que explicar el aspecto dinámico y operativo del ser cristiano como un *vivir-en-Cristo*, como «seguimiento de Cristo».

a) Seguimiento de Cristo en el sentido «místico» de la palabra: Participando la vida de Cristo por medio de la *vida sacramental*. La participación en las acciones sacramentales (sobre todo y con más frecuencia en la Penitencia y la Eucaristía) acentúa el aspecto social, comunitario y eclesial de la vida cristiana y aquel aspecto del misterio de la vida cristiana que consiste en ser una continuación del Misterio grande de la Iglesia, Cuerpo, Esposa y Plenitud de Cristo.

b) El seguimiento de Cristo implica otro aspecto más operativo y personal que se cifra en el nuevo *comportamiento*, la nueva moral de los que están en Cristo. Aquí habría que exponer los principios básicos y más vitales de la Moral cristiana, como un seguimiento de Cristo; formulada sintéticamente como una vida en la fe, esperanza y caridad en la cual se resume y recibe su complemento toda la Ley con sus «mandamientos» y múltiples prescripciones.

c) Como atmósfera que envuelve todo este nuevo vivir y este nuevo comportamiento en Cristo, tenemos la *vida de oración*: La vida humana

como acto de glorificación, alabanza y acción de gracias, petición al Dios según el espíritu del Padrenuestro. Y luego, en forma bien marcada, la oración pública, en comunidad con los hermanos. Oportunidad para explicar lo más esencial de la Liturgia, su sentido teológico y su importancia para la vida individual y colectiva de la Iglesia (Cf. la Const. *Sacrum Concilium*, sobre Liturgia).

7. *El misterio de la vocación y vida sacerdotal.* Ya conocemos la «finalidad vocacional» que tiene, en la mente del Concilio, esta iniciación doctrinal al Misterio de Cristo. Para cumplirla será necesario exponer a los jóvenes aspirantes lo más esencial de lo que llamaríamos «misterio de la vida sacerdotal». Siempre encuadrado dentro del Misterio grande de Cristo y de la Iglesia. Para que conozcan cuál es la naturaleza del «servicio» a que Dios les llama; comprendan todos sus principales problemas sobrenaturales y humanos; su grandeza divina, sus riesgos y responsabilidad, a fin de que la vocación en ciernes se consolide en el sentido que Dios y la Iglesia quieren. Y llegada la hora de la decisión la tomen con la máxima «entrega personal» y el máximo gozo interior. Para llenar esta *finalidad vocacional* conviene que el profesor se deje guiar —sintetizándolas, ordenándolas didácticamente y acomodándolas a los oyentes— por las enseñanzas del Vat. II sobre el ministerio sacerdotal: Decret. *Presbyterorum ministerio et vita*; con los textos paralelos y complementarios de otros Decretos conciliares.

CONSIDERACIONES FINALES

Cualquier profesor de Teología, *si se ha preocupado en serio* por orientar la Ciencia Sagrada en torno al Misterio de Cristo, podrá completar y mejorar nuestro esquema. Lo importante es que lo haga. No es deseable ninguna «uniformidad» en este punto. Basta con la «orientación» general marcada por los textos conciliares y que la naturaleza misma de las cosas exige.

En la realización concreta de las indicaciones conciliares convendría romper pronto la inercia ante lo nuevo y esforzarse en superar las dificultades inherentes al hecho de tener que andar por caminos poco practicados hasta ahora.

No hay que desatender la dificultad de *encontrar, de inmediato, profesores de teología* suficientemente preparados e interesados en explicar este curso sobre el Misterio de Cristo. Además de una formación y dominio muy personal de la Ciencia Sagrada, se requieren notables dotes de habilidad pedagógica para que uno resulte interesante ante este grupo de

alumnos jóvenes, inquietos y exigentes. Si alguien escribiese un *manual exprofesso* para este curso de iniciación, haría un notable servicio a los profesores y, sobre todo, a los alumnos de este curso.

Además de las normas pedagógicas y didácticas comunes, convendría poner en práctica en este momento las indicaciones del mismo Concilio sobre la necesaria renovación de los métodos en la enseñanza de la Teología (Cf., por ejemplo, Decret. *Optatam totius Ecclesiae*, n. 17). Poner en marcha un método más activo y personal; provocar el trabajo y estudio más directo y menos libresco de los problemas y soluciones; facilitar un contacto más inmediato con las fuentes de la Teología: La Biblia y los Santos Padres, los grandes teólogos. Ejercicio de lectura, valoración y discusión crítica de libros teológicos contemporáneos que merezcan la pena. Medio excelente para que los jóvenes se aficionen personalmente al estudio de la teología. El saber leer provechosamente es un verdadero arte hoy día, en que se lee tanto y tan apresuradamente. Este arte es más necesario al sacerdote, con excesiva frecuencia educado en ese paternalismo propio de los colegios internos; demasiado afectados por los métodos pasivos, inmemorísticos e impersonales de proponer la doctrina teológica.

Alguien podría sentir preocupación por la amplia temática que presentamos para este curso de iniciación. Queríamos indicar, únicamente, la orientación general de las lecciones que han de darse en este curso. Pero, somos partidarios decididos de no sobrecargar al estudiante de «materia», aunque sea tan buena como la materia teológica. Mejor será fijar la atención del alumno en los puntos clave, en los que se logre la intersección de los grandes problemas teológicos, para que los asimilen bien. Al mismo tiempo será esencial crear un interés personal por la Ciencia Sagrada que no debe decrecer a lo largo de la vida y ministerio del que quiere servir a la Iglesia: *Homo bonus semper tiro est!* Los ejercicios prácticos, los trabajos personales de los estudiantes pueden suplir con ventaja muchas clases del Profesorado. Las lecciones del profesor deben distinguirse por su calidad. Una sola clase bien preparada y orientadora, tiene incomparablemente más valor que veinte clases amortecidas y aburridas.

Al hablar de este curso de iniciación hemos tenido en cuenta el objeto principal del mismo: *El Misterio de Cristo*, en sus insondables riquezas e implicaciones. Pero también sería indispensable introducir, durante este tiempo, otras asignaturas secundarias, complementarias que, sin distraer demasiado la atención del alumno, ayuden a completar provechosamente su formación. Serían muy indicados, por ejemplo, cursos de perfeccionamiento en los idiomas modernos que debe conocer todo hombre de carrera en la nación respectiva; música y canto sagrado.

Pero, sobre todo, se deberían hacer frecuentes ejercicios prácticos, para que los alumnos llegasen a dominar las diversas formas de comunicación

y expresión de las ideas que van adquiriendo. El futuro sacerdote aprende para comunicar su saber a los demás hombres. Por eso debe poseer en grado no corriente la fuerza de la palabra hablada y escrita; a fin de que la Palabra de Dios no quede inaccesible, estéril, sin atractivo, al carecer del consorcio de la palabra humana en que ha de encarnarse cuando se dirige a hombres viadores. Hay que dominar y tener vitalmente asimilada la Palabra (de Dios) y también la palabra humana. El arte de escribir y de hablar bien, es complemento indispensable del estudio de la teología, cuando ésta se hace con un sentido y finalidad pastoral y «práctico».

También la *vida religiosa* ha de ser cultivada con especial esmero durante este curso. Siempre en unión estrecha con el cuerpo doctrinal que se va explicando. De esta compenetración y acompasamiento vital entre la que llamaríamos *ideología* teológica y de la *vida* teológica, resultan ventajas claras por ambas partes.